

# El retiro previo

---

H. Javier Marquínez

—Queridos amigos: esta es la primera charla del retiro que nos va a conducir a la vida religiosa. Ustedes han venido a ponerse voluntariamente en manos de Dios, para entregar su vida por completo. Les felicito por este acto de generosidad, porque Él sabe recompensar a los que dejan todo en su nombre.

El que así hablaba era el Padre Andrés Coindre, 34 años, sacerdote de Lyon, misionero comprometido con una sociedad llamada de la Cruz de Jesús. Estaba de pie frente a un grupo de diez hombres, la mayoría jóvenes, aunque alguno ya había superado ampliamente la treintena y el mayor, el que parecía que llevaba la voz cantante de los forasteros recién llegados, estaba ya en los cuarenta.

Ocupaban una amplia sala de la providencia del Piadoso Socorro, una propiedad que el Padre Coindre había comprado para recoger a jóvenes sin porvenir ni recursos, incluso alguno recién salido de cualquiera de las dos más famosas prisiones de Lyon, Roanne y Saint-Joseph. La luz mañanera entraba a raudales por los amplios ventanales que daban al huerto colindante, también perteneciente a la propiedad. En la sala se veían en el centro dos grandes telares y a los lados estanterías que contenían el material de trabajo de un taller de seda. Los presentes se sentaban en los bancos de los telares, ociosos por vacaciones, y en sillas que habían dispuesto en el centro de la sala y que formaban un círculo con los dos telares. El Padre Coindre estaba de pie, en medio de todos ellos.

—Estos van a ser días de retiro, oración y silencio —dijo el sacerdote—, por eso me parece oportuno que, antes de seguir adelante, dediquemos un tiempo a hacer las presentaciones. Como a mí ya me conocen, si les parece comenzaremos por los que estaban en la casa cuando han llegado los demás. Comience usted, Guillaume.

—Me llamo Guillaume Arnaud —dijo un joven espigado de pelo negro y una sonrisa que era la carta de presentación de un carácter abierto y decidido—. Conocí al Padre Coindre en un taller de seda, aquí cerca, donde la señora Besson. Me convenció de trabajar para él. Hace más de un año que estoy en esta casa, y ahora me ha pedido que cambie de patrón —esbozó una sonrisa de complicidad dirigida a todos sus compañeros—. Dice que en vez de trabajar para él, pase a trabajar para Dios.

Los siguientes en presentarse fueron los dos jóvenes que estaban sentados en el banco de trabajo de un telar, pero de espaldas al mismo y mirando al resto de sus compañeros. Como había dicho el Padre Coindre, eran, junto a Guillaume, los dos que ya estaban en la casa cuando había llegado los otros siete procedentes de Saint-Etienne. Los diez juntos iban a comenzar el retiro este lunes 24 de septiembre de 1821, que concluiría en la profesión religiosa del día 30 del mismo mes, con la que iba a nacer el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón.

—Yo me llamo François —dijo un chico de unos 18 años, de apariencia, tranquila y sosegada, solo interrumpida con las recurrentes toses que dejaban un rostro demudado—. Llegué a esta casa, también por invitación del Padre Coindre, en diciembre del año pasado. Llevo aquí pues casi 10 meses en los que he dado clases de lectura y escritura a estos muchachos. Antes de venir ya sabía

que mi vocación era la de maestro; ahora estoy convencido de que quiero ser un maestro distinto a los que he conocido.

—Me llamo Claude —dijo un muchacho algo mayor que el anterior y que se sentaba a su lado—. Conocí al Padre Coindre en el transcurso de una misión, en mi pueblo. No sabía qué hacer con mi vida y pensaba que esta dificultad que tengo para caminar —se levantó con un sonrisa, señalando el ligero defecto que tenía en los pies, como si fuera una cicatriz de guerra que añadía méritos a su hoja de servicios—, digo que este defecto iba a determinar un futuro de marginación. Hoy he logrado superar esos pensamientos lúgubres y estoy dispuesto a iniciar una nueva vida.

Sentados frente a nuestros tres primeros protagonistas, estaban los siete hombres llegados la noche anterior desde Valbenoîte, una pequeña villa situada en los arrabales de la gran ciudad Saint-Étienne. El primero en presentarse fue el mayor de todos ellos:

—Me llamo Víctor Guillet —dijo con aplomo, mirando con confianza y un cierto punto de suficiencia a sus compañeros—. Tengo 40 años. Soy viudo y padre de una preciosa niña, Elena María, de 10 años, que ahora está en un convento al cuidado de las monjas y de su tía, también religiosa. Así pues, sin cargas familiares, vengo dispuesto a iniciarme en la vida comunitaria, una ilusión que he tenido desde mi juventud, pero que no he pedido cumplir hasta ahora porque la vida me ha llevado por caminos distintos.

—Yo soy François —dijo un hombre que también había superado largamente la treintena y tenía cara de buena persona y una sonrisa tímida que hacía como de reflejo de una gran vida interior—. A pesar de tener mi propio oficio y suficiente experiencia de la vida y el mundo, quiero alejarme de todo y dedicar mi vida al servicio del Señor .

—Mi nombre es Antoine —dijo un joven rubio de mejillas apretadas y constitución robusta—. Tengo un taller en Saint-Étienne donde fabricamos varias cosas, pero principalmente cordones. Mi padre y yo somos los dueños de este pequeño negocio. Ahora lo he dejado solo con la esperanza de encontrar aquí otro negocio más duradero, el de la vida eterna .

Así, uno tras otro, terminaron de presentarse los siete de Valbenoîte. Cuando lo hizo el último de ellos, se levantó el Padre Coindre, que había escuchado cada una de las intervenciones sentado en el banco de un segundo telar:

—Queridos amigos —dijo Coindre comenzando a hablar mientras se incorporaba y caminaba con mesura para ocupar un lugar en el centro del grupo—. Hoy comenzamos nuestro retiro previo a la profesión religiosa. Vamos a utilizar el método de los Ejercicios de San Ignacio, pero en lugar de hacerlo durante un mes, lo vamos a concentrar en una única semana. Creo que este es el medio perfecto para examinar nuestra vida y prepararnos a los nuevos caminos de Dios. Pero en todos los grandes proyectos es necesario comenzar poniendo los fundamentos firmes y seguros. Y el principio y fundamento de todo esto es que nosotros hemos sido criados con un simple propósito: alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y, mediante esto, salvar nuestras almas.

Las palabras del santo sacerdote penetraban en el alma de aquellos hombres como la llovizna que empapa la tierra. Durante esos días de retiro, las palabras, los gestos, los consejos y las oraciones iban a construir un entramado divino donde cada uno iba a ser capaz de colocar los fundamentos de su vida, despojados de los bienes de la tierra y anclados a los del cielo.